

Crítica al sesgo

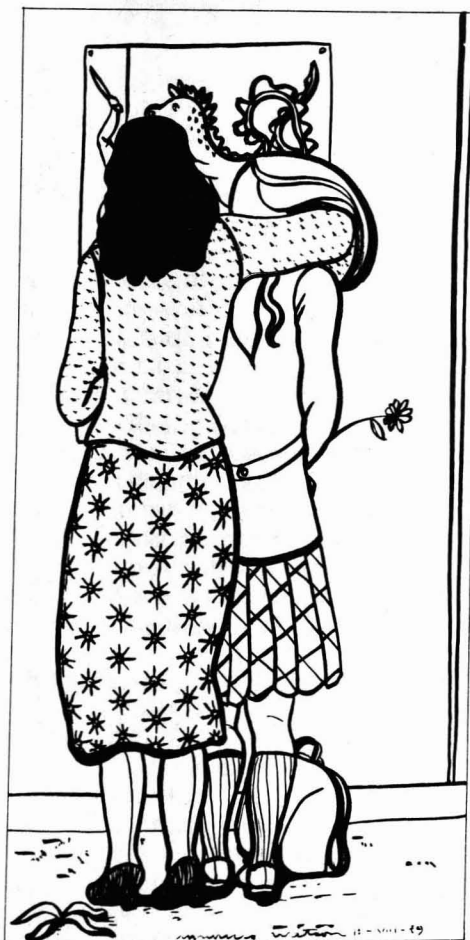
Dos jóvenes autores mexicanos

por José Miguel Oviedo

Escribir sobre escritores jóvenes es un riesgo doble: equivocarse es muy fácil (tanto por indulgencia como por severidad) y casi imposible hallar un tono, un tipo de argumentación literaria que sea aceptable o útil para los autores mismos. A cierta edad es más común saber escribir que saber escuchar las razones de otro: la maduración intelectual es un proceso lleno de desajustes y sorpresas. Me animo ahora, sin embargo, a escribir sobre dos autores mexicanos, muy joven uno, bastante joven el otro, que hasta ahora no conocía aunque estos no sean sus primeros libros.

.....
Alberto Huerta nació en Zacatecas en 1945 y ha publicado en volúmenes colectivos, aparte de un texto teatral. *Ojalá estuvieras aquí* (México: Joaquín Mortiz, 1978) es un breve volumen de cuentos que obtuvo un Premio Nacional en 1977. Las nueve piezas del conjunto describen un mundo imaginario muy definido y personal: todas ocurren en ese submundo urbano del barrio pobre con sus edificios de mala muerte, superpoblados y bulliciosos; sus protagonistas son gente joven, que vive en un estado de urgencia o de precariedad, con una pistola o un vaso de alcohol en la mano, entrando o saliendo de sus ocasionales refugios, con algunos recuerdos en la memoria y muy poca percepción del futuro; todos huyen de algo o están en peligro inminente de ser descubiertos, detenidos, muertos. La única dimensión en la que existen es la del presente, un presente instantáneo, de sensaciones relampagueantes y visiones entrecortadas, que la prosa visual, objetiva y nerviosa de Huerta transmite generalmente muy bien. El enemigo mortal es la policía y la moral del libro es que ellos son los villanos, aunque no se nos aclare del todo los motivos que los personajes tienen en su querella contra

la justicia del *establishment*. Sabemos que algunos (como el preso torturado de "Sin salida") es un delincuente político, pero otros (como los de "Pacífico jardín") pertenecen a pandillas de mafiosos profesionales. En cualquier caso, el autor los contempla con un interés humano que los hace aparecer como héroes en su lucha contra el sistema. Seres con los minutos contados, inescrupulosos, sin nada que perder, es natural que se expresen fundamentalmente a través de la violencia y el sexo. Doble placer: matar y amar. Placeres insensatos porque se ejercen de un modo entre anónimo y compulsivo: las personas no cuentan. El escenario de los relatos de Huerta es típico: un sucio cuarto desarreglado, un hombre tirado en una cama y una muchacha morena desnudándose, mientras la policía ronda por alguna parte. El olor ácido del sexo y el sudor frío de la espera se mezclan como en los cuentos de Hemingway o en las clásicas novelas policiales, de las que Huerta debe haber aprendido mucho.



Hay en esto cierta mitología adolescente, desde el gusto romántico por la acción hasta las citas de Pink Floyd pasando por los posters del Che. Los cuentos, sin embargo, van más allá de esos símbolos y actitudes consabidos, y ofrecen a veces una visión corrosiva, veraz, apasionada de cierto estilo de vida juvenil latinoamericana. A veces, también, fallan por completo como en "El camino angosto" que no sólo es la pieza más extensa del libro sino la que parecía más ambiciosa. Hay en ella un exceso de "literatura", un exceso de "compromiso"; curiosamente, no son frecuentes estos errores en el autor, porque sabe evitarlos en los otros textos con un tono medido y lacónico que no adelanta opiniones al lector. Salvo ese texto, los ocho cuentos restantes son bastante parejos, pero elijo dos como los mejores: el que da título al volumen y "Chau, Gardel". El primero es un ejemplo cabal del arte de concentración que puede alcanzar Huerta: muerte y sexo ya no son dos instancias, sino una sola desplegándose en la mente de un acosado como un tiempo flexible que contiene el pasado (la infalible chica desnudándose) y el presente (la persecución policial). Como los buenos cuentos, produce un impacto casi físico, una sensación de drama, redondeado en apenas tres páginas. Casi tan breve en el segundo, que ofrece una variante: la pareja es ahora un hombre y su madre moribunda. No hay violencia aquí, sino más bien piedad, una tranquila resignación (y hasta cierta majestad) ante la muerte, que resulta tan fútil, triste e impersonal como la vida misma.

Ojalá estuvieras aquí muestra, por sobre sus defectos y limitaciones, a un escritor con nervio. La experiencia puede hacer de Alberto Huerta un narrador realmente valioso.

Emiliano González, autor de *Los sueños de la bella durmiente* (México: Joaquín Mortiz, 1978), es un caso rarísimo: tiene apenas 24 años y parece vivir en un planeta fantástico, absolutamente ajeno al mundo inmediato en el que se mueve Huerta. En la foto de la contracarátula lo vemos como un joven e inofensivo Drácula, cubierto por un oscuro capote, la mirada lejana y la barba incipiente, recortándose contra un vago fondo boscoso. Más que una foto, parece una toma de posición; la dedicatoria ya es un poco más alarmante: "A la condesa de Karnstein cuyos peregrinajes nocturnos fueron interrumpidos por



una estaca en las postrimerías del siglo diecisiete". González no es un escritor moderno, y seguramente debe aborrecer todo aquello que tiene que ver con esta época. Es exactamente un *modernista* extraviado en las postrimerías del siglo XX, o sea un moderno a la manera antigua. Espíritu decadente y fantasioso, su mundo es el de la novela gótica inglesa, los cuentos de hadas y las fábulas de Rubén Darío; y aunque Borges es una presencia dominante en su libro, no es el Borges metafísico o especulativo el que le interesa, sino el más cosmopolita y exótico. El mismo lo señala claramente en el epílogo de la primera parte de su obra: "Muchas de las piezas del volumen pertenecen, críticamente hablando, al modernismo: un modernismo tardío, sospechosamente atrevido y ferozmente anacrónico"; y enumera también sus elementos u obsesiones: "la nostalgia, el horror, el deseo, la melancolía, el desencanto, la perversidad moral y espiritual, el pesimismo, el individualismo, el fastidio, el delirio, las filias y las fobias". La elegante morbosidad a lo Wilde, el gusto por lo sobrenatural a lo Machen (otro autor favorito de González), las mitologías a lo Lovecraft y el horror estridente a lo Poe se alternan en las páginas de este libro singular. Miscelánea de prosa narrativa, prosa poética y versos, la obra contiene dos distintos conjuntos: "La ciudad del otoño perpetuo" (fechado en México, 1976) y "La torre de los espejismos" (fechado en París, 1977), cada uno con su respectivo epílogo explicativo de intenciones y claves. Aunque ocupan la mayor parte de ambos conjuntos, las piezas narrativas son las que ofrecen menos interés: son lo más decorativo y prescindible. En cambio, las

breves secciones en verso (como "Las gárgolas" y "Viñetas galantes") tienen un mérito que suele estar ausente en las otras partes del libro (o los libros): el humor, la capacidad de reírse de sus propias fantasmagorías. El erotismo burlón y fúnebre de algunas ("Viñetas" "Voyeur", "A un coleccionista", etc.) es muy certero en su parodia de cierta poesía libertina.

Pero aclaro que aun (o sobre todo) en esas instancias, el libro de González es siempre derivativo, tributario de otros. El no lo oculta ni parece incomodarlo: practica la literatura como un homenaje y una continuación de los que escribieron antes que él. Sus textos son saqueos o paráfrasis de otros textos perfectamente reconocibles. Si la imitación es un arte, González lo practica con especial brillantez y soltura. Y, dentro de esos márgenes, puede llegar a tener cierta gracia inventiva: como su maestro Borges, cree que puede ser original copiando a partir de un buen modelo. De él y de sus otros autores favoritos se presta varios motivos: espejos, libros apócrifos, castillos fantásticos, ciudades mágicas, ninfas y vampiros. Su desdén por la realidad es absoluto; su segundo epílogo dice: "Mi fin es edificar un templo, una guarida para la Química". El escapismo trasnochado de González casi resulta escandaloso: se necesita ser algo atrevido (y un poco ingenuo también, para escribir ahora un libro victoriano, prerrafaelista, tan *fin du siècle* como el suyo.

Disparatario

Guatemala: las líneas del terror

por Carlos Illescas

Creo que Fernando Alegría impugnaba los escritos de Miguel Angel Asturias porque estimaba que en muchos de ellos lo hiperbólico se imponía sobre la visión real de Guatemala. El estilo preñado de imaginación de Asturias impedía (impide) en repetidas ocasiones llegar a la médula de un pueblo que más aún que prolongar el sueño de las presencias mayas, agoniza sin



remedio. Se ahoga en su sangre a los ojos del mundo que todo lo sintetiza en cuadros estadísticos rigurosamente elaborados para expresar, ante cualquier requerimiento, cómo se comporta la muerte en Guatemala, qué armas porta, y en su caso —que son los más— cuáles son los instrumentos de tortura utilizados para aterrar a los habitantes de un país en el cual la CIA realiza desde hace veinticinco años uno de los experimentos de exterminio más exitosos.

Guatemala es actualmente uno de los países más ejemplares del mundo. No guardan sus cárceles presos por delitos o motivos políticos. Así se les busque con el ahínco de quien desea verificar una información que resulta peregrina, nunca se les halla. Ni en el cielo, ni en el infierno, ni en el limbo. Todos, sin excepción se han esfumado de la faz de la tierra, sin dejar más huella que sus nombres y sus familiares que presas de una dentada y horripilante esperanza, esperan verlos un día de tantos, quizás no sanos pero sí alentando vida.

No hay presos políticos en Guatemala, pregonan a los cuatro vientos las autoridades de Guatemala. Vengan ustedes a indagarlo con propios ojos. Todas las cárceles del país abrirán sus puertas para que se averigüe si persona o personas a quien se le pudiera imputar el no pensar igual que el gobierno, guarda encierro. Vengan todos, han llegado a pedir los militares y sus socios civiles que gobiernan uno de los países cuya noche de horrores no tiene fin.

A pesar de que todos saben que la matanza de opositores democráticos a los gobiernos que vienen sucediéndose desde 1944 se realiza antes de que pudiese pro-